

INADVERTIDO

ÓSCAR PÉREZ MARTINEZ



## Capítulo 1

A veces siente una necesidad imperiosa de explotar, la necesidad de dejar toda la rabia que siente comprimida muy adentro dejarla salir, necesita gritar, llorar y por qué no, acabar con alguien.

Ha aprendido a vivir con esa sensación de querer asesinar a algún ser humano de vez en cuando, la reprime en el bus, en el metro, en el mercado, a veces se asusta cuando ese deseo casi irrefrenable se le plantea en un parque infantil, rodeado de niños ruidosos y adultos secuestrados por las pantallas de sus teléfonos móviles, o discutiendo de temas absolutamente vanales mientras sus hijos se juegan su integridad mal colgados de un tobogán o saltando al vacío desde una altura ya considerable.

Tiene suerte de ser capaz de domar toda esa energía negativa que le surge repentinamente, pero esto no quita que en el silencio de la noche, rodeado de oscuridad y cuando el sueño aún no es muy profundo, se sobresalte en la cama pensando que tiene las manos manchadas de sangre. No puede dejar de pensar hasta cuando será capaz de contenerse y hasta donde será capaz de llegar en su crueldad el día que la fiera se libere. Se mira en el espejo, observa su blanquecina cara, sus ojos hinchados, lacrimosos, asustados por lo que ha imaginado y no puede más que lavarse la cara buscando en el frescor del agua, la quietud que le permita descansar para no terminar cediendo ante aquel ser endemoniado que esconde.

Es un lunes más en su vida, entra al bar de siempre, se sienta en la mesa de siempre y pide el café de siempre. Julia, la simpática camarera que cada mañana desde hace muchos años le prepara su dosis de cafeína diaria, le deja la humeante taza en la mesa y junto a ella un ejemplar del periódico del día que empieza a leer casi de manera automática. La política le interesa poco, lee los titulares sin más, las noticias locales algo más y los sucesos le chiflan, le encantan. Ha fijado su vista en un asesinato ocurrido ese sábado por la madrugada y lee perplejo, asombrado y sorprendido como su pesadilla está prácticamente descrita en aquella noticia. Joven varón, 33 años, un certero corte en la yugular, una muerte no muy rápida, un charco de sangre rodea el cuerpo y la foto del edificio, el mismo que en el sueño de aquel mismo sábado, él observaba escondido tras una esquina, esperando que entrara aquella persona en la que se había fijado en la cola del supermercado, que había seguido para ver dónde vivía y que había esperado al día siguiente para poder entrar en el portal, esperarlo sentado pacientemente en la escalerilla y colarse en su casa justo cuando él entraba relajado al calor del hogar, para una vez dentro, tras un pequeño forcejeo, poder degollarlo y ver como el pobre se

ahogaba en su propia sangre, mientras lo miraba extrañado pensando quién había sido el hijo de perra que lo había matado sin más.

Salió del bar ciertamente preocupado, quizás la bestia vivía a sus anchas y cada pesadilla no había sido tal, si no un paseo nocturno para acabar con la vida de alguien. No lo sabía, pero prefirió seguir utilizando la táctica de mantenerlo domado, aunque tenía ya serias dudas de que así fuera. Intentando no pensar mucho pasó por el estanco y pidió un paquete de cigarrillos, al salir encendió uno, cerro los ojos mientras llenaba sus pulmones de nicotina y los abrió para suavemente exhalar formando un hilillo de humo que formó divertidas formas enfrente suya. Una mañana más pensó, y se encaminó hacia la oficina. Trabajó concienzudamente, pasando inadvertido de nuevo, sin hacer mucho ruido, sigiloso, como era él, como le gustaba ser y cuando acabó su jornada laboral, marchó a casa casi sin depedirse.

Tuvo suerte y esa noche no soñó nada, mejor dicho, nada sangriento, una linda playa, una mejor compañía y mucha diversión, eso fue lo que Morfeo le regaló. Eso era un poco de descanso para el alma y un mucho de relax para el cuerpo, así que a la mañana siguiente se levantó de un humor estupendo y comenzó sus rutinas, al menos ese día, con una bonita sonrisa. Lo que todos sabemos es que antes de una gran catástrofe siempre hay unos segundos de calma, o incluso de alegría, unos momentos en los que la vida regala su mejor versión, para que un momento después, la tierra se abra bajo nuestros pies y nos trague de manera miserable para que nadie recuerde ni un mínimo de felicidad mientras les arrebatan su vida.

Todo comenzó normal, ya sabéis, café, periódico, noticias, sucesos... pero cuando se levantó a pagar algo no iba bien, de repente se imaginó saltando la barra, agarrando a Julia por el cuello y estrangulandola dentro de la cocina a la que habían llegado a empujones y en que la simpática camarera caía ahogada a sus pies gastando su último halo de vida en agarrarle el tobillo izquierdo como muestra de súplica o como deseo de que le acompañase a dónde fuera. Cuando esa terrible sensación desapareció de su mente, salió de la cocina tranquilo, pagó su café y marchó a la oficina saludando a los clientes que cómodamente estaban en la terraza. Julia quedó en una posición antinatural tirada en el suelo de la cocina.

Entró en la oficina risueño, algo extraño en él, feliz, todavía más extraordinario. Encendió el ordenador y pronto el sonido de las sirenas comenzó a sustituir a la musicalidad del tecleo de los ordenadores dejando paso a la sospecha de que algo había sucedido no muy lejos de allí, si bien al ser realmente una música habitual en la gran ciudad a penas nadie sospechó nada, salvo aquel ser endemoniado que yacía escondido en las

entrañas de un trabajador modelo y ejemplar.

No tardó en sentir una ira fuera de lo habitual y no tardó en imaginar como se giraba de prisa en su silla de oficina, echaba mano a la chaqueta y sacaba un revólver ¿qué coño hacía aquel revólver en su chaqueta? ¿cuándo ha comprado un revólver? visionó el primer tiro certero entre ceja y ceja de su compañero de la izquierda, el más próximo a él, una gran persona. Veía como se levantaba de su silla se dirigía a la mesa que había justo delante de la ventana con mejores vistas de la oficina y como Claudia, la secretaria del jefe se tapaba la cara, le daba igual, porque a la distancia del disparo no le serviría de nada, pero bueno, por si acaso repitió la detonación.

Se giró de nuevo vió salir corriendo a tres compañeros, no iba a ir detrás de ellos, es una pérdida de tiempo, era más divertido ver la cara de su jefe después de abrir la puerta y ver a los dos cuerpos en el suelo ¿Pero qué haces? ¿qué te pasa? preguntaba tartamudando, orinándose encima... ya no hizo más preguntas, las tres balas que le quedaban fueron para él. La oficina quedó vacía. Apagó el ordenador, cogió su chaqueta y marchó, sin hacer ruido, creyendo que había vuelto a pasar un día más desapercibido tal y como le agradaba.

Al poner el pie sobre la acera observó que toda la calle estaba rodeada de policías, algo grave debe haber pasado, se dijo sereno. Miró a los agentes y les hizo un gesto de ignorancia, parecía preguntar qué hacía, salgo, entro...¿hay un asesino suelto? se metió la mano en el bolsillo y notó el todavía caliente cañón del revolver, maldita sea pensó.

Solo se le ocurrió una cosa, quizás la mejor idea que tuvo en ese momento, o en toda su desgraciada vida, empuñó el arma y apuntó a un policía al azar, sacó su mejor sonrisa para dejar una buena imagen y justo después pudo empezar a descansar sin que las pesadillas ahogaran más sus noches y aquel maldito ser le dejara finalmente en paz.

